

HOSPITAL DE SAN VICENTE

• -----
Clínica Quirúrgica del prof. don Lucas Sierra.

LECCIÓN INAUGURAL.

ABRIL DE 1921.



Algunas enseñanzas de la guerra: su aplicación a la práctica civil

POR EL DR.

LUCAS SIERRA

Los acontecimientos de los últimos años han impreso a la humanidad entera una vida extraordinariamente activa. Cansado el hombre de las batallas campales i de las que tenían lugar en la superficie de las aguas, descendió a las profundidades de la tierra lo mismo que a las inmensidades del océano, o se elevó hasta las rejiones infinitas del espacio para sembrar en todas ellas el horror, la destrucción i la muerte. Testigo presencial en los primeros años de la gran guerra de los sufrimientos i calamidades que acarrea, he podido estudiar i observar después, durante los dos años i medio en que, en el desempeño de comisiones honoríficas que me confiara nuestro Gobierno, me he alejado de esta cátedra, muchos hechos i analizar tendencias

nuevas que dominan, como consecuencias de la guerra, en la medicina i su enseñanza.

He creído que, justamente porque vais a comenzar a cursar el segundo año de clínica, podría ser de interés que exploráramos juntos algunas de esas enseñanzas i novedades. Por lo demás, señores, los problemas que tenemos que afrontar en la vida civil, ya sean preventivos o curativos, son virtualmente los mismos que se presentan en los soldados en campaña, difieren sólo en la mayor urgencia con que en estos últimos se impone su aplicación. Todo obrero, en las múltiples i variadas formas de trabajo que desempeñe, es un soldado que combate en las luchas diarias de la existencia, por su bienestar i el de la nación. A nosotros nos corresponde conservarlo apto para ese continuo batallar que impone el control de la competencia, i cuando se enferma, restablecerlo, a la brevedad posible, para que vuelva de nuevo a su campo de acción.

Una buena observación exige primero una mirada jeneral de conjunto, para llegar en seguida a los detalles, a los que todo hombre realmente preocupado del perfeccionamiento, debe prestar particular atención. Procedamos entonces, si os parece, de esa manera. Veamos desde luego, mui brevemente, por razones que son obvias, el papel que le ha correspondido desempeñar a la medicina en jeneral; nos ayudará i hasta facilitará una mejor comprensión de los adelantos que ha realizado la cirugía en medio de la rápida evolución de todos los conocimientos del saber humano.

Al anuncio oficial de la movilización jeneral de to-

das las fuerzas normales de defensa, siguió en Francia, como era natural i lógico, el estudio cuidadoso de las reservas, más que eso, de todas las fuerzas vivas de la nación. Se procedió a hacer un censo físico-médico, a la comprobación del estado sanitario jeneral.

Lo primero que se exige de un hombre de ciencia es PREVENCIÓN, i en nuestra ciencia, como corolario natural de su desarrollo i progreso, habíamos entrado ya resuelta i triunfalmente más que a curar enfermedades a tratar de prevenirlas i, en todo caso, a esforzarnos por sofocarlas en su comienzo. La higiene entró, pues, en la guerra a desempeñar un papel prominente. Fué voz de orden jeneral no sólo cuidar i tener sano i confortable al hombre que se mantenía al frente, sino evitar que las enfermedades propias de los grandes ejércitos, o consecutivas a grandes batallas, pudieran estallar i ejercer sus mortíferos estragos que habian llegado en otras guerras hasta un 80 por ciento del número total de muertos.

La inmunología, esa hija predilecta de la bacteriología, alcanzó mui rápidamente progresos desconocidos hasta entonces. No sólo se inmunizó a los hombres contra la tifoidea, las paratifoideas, el cólera, tétanos i demás enfermedades producidas por los jérmenes de origen intestinal, sino que se ha llegado hasta la pneumonía, el carbunco, etc., etc. Hoi día se cura con antígenos hasta el vulgar romadizo i, lo que es todavía mejor, se le *previene* por iguales procedimientos (1).

(1) Lister, citado por A. Fleming, (B. M. J., Febrero 19 de 1921), dice que, continuando en Sud Africa la obra iniciada por Sir A. Wrihgt, en un centro minero de 15,000 hombres, ha visto bajar la mortalidad de la pneumonía valiéndose de las vacunas profilácticas, de 20 por mil a 0.85 i las incidencias de la misma enfermedad de 70 por mil a 4 por mil.

Desde este amplio punto de vista jeneral podemos repetir hoi día que, de igual modo que la más grandiosa obra de la ingeniería—la del canal de Panamá—no pudo llevarse a feliz término sino cuando la ciencia médico-biológica hubo precisado la causa que había hecho, que en los tiempos de Lesseps cada clavo del ferrocarril del istmo hubiera sido remachado con una vida humana, sin los progresos de nuestra ciencia la guerra no habría durado esos largos años en que millones de hombres luchaban esforzadamente por aniquilarse con los medios diabólicos de destrucción más acabados i perfectos que hayan éstos inventado.

En el correcto desempeño de las tareas sanitarias a que he aludido, le corresponde al médico práctico un papel de trascendental importancia. A él le está encomendada la delicada tarea que asume el centinela de una avanzada; es el verdadero *detective* de la enfermedad. Tal es también el que habréis de asumir vosotros mismos tan pronto como hayáis puesto feliz término a vuestras tareas universitarias. Llegaréis a ser los intérpretes de la ciencia al lado de vuestros clientes.

Nuestra Universidad tiene como objetivo guiar i enseñar a los jóvenes a juzgar por sí mismos i formar *su* criterio; de esa manera se llega a constituir la unidad consciente que representa un hombre i a moldear su carácter, esa cualidad de mérito inapreciable que rije i preside los destinos de la humanidad. La ciencia i arte que tenemos por obligación de enseñar desde esta cátedra de nuestra Facultad, es susceptible de infinitos adelantos i perfeccionamientos, que tomamos en jeneral de los propios progresos realizados en otras ciencias i en otras artes. Esa es la razón de por qué se os exige todo ese cúmulo de conocimientos con los cua-

les se os inicia i prepara para que podáis abordar con éxito i continuar más tarde los estudios de la medicina.

Durante la guerra se evidenció que muchos de los profesionales no habían adquirido, en su paso por la Escuela de Medicina, los conocimientos jenerales que permitieran hacer de él, un médico práctico realmente útil; no pocos habían seguido la senda estrecha de las especialidades sin haber adquirido previamente la base que hace que se aprecie más tarde al hombre que, en fuerza de trabajo i de años de estudio, llega a hacerse realmente esperto en algunas de las ramas de nuestra ciencia.

Por desgracia, se comprobó, además, que ante las exigencias médico-sociales i científicas que pide el Estado a los profesionales, había faltas graves que procedían no solamente de defectos en la enseñanza de la medicina—remediables por tanto—sino también una deficiencia inmensa en la «*educación jeneral*», un desconocimiento lamentable hasta de muchos de los principios fundamentales para conservar la salud.

He aquí, señores, el punto de partida de una de las reformas propiamente de carácter internacional, en la enseñanza de la medicina que más profundamente haya despertado mi atención. Entendámonos bien; no se trata de disminuir los conocimientos que en muchas universidades de Europa i en los Estados Unidos se adquieren en *cinco años* para recibir el título de médico, sino pura i simplemente de darles una mejor distribución, relegando muchos de los estudios de las especialidades para después de graduados, para los cursos de perfeccionamiento o de post graduados.

En buenos términos, se quiere que el futuro candidato de la Escuela de Medicina comience los estudios

de Física, Química i Biología, base absolutamente fundamental de nuestra ciencia, desde los últimos años de Humanidades. Se ha propuesto, por ejemplo que, a partir del cuarto año se efectúe una división entre los alumnos que van a cursar Ciencias Políticas o Bellas Artes i los que van a estudiar Ciencias Naturales, de tal manera que estos últimos puedan incorporarse a los cursos de medicina, estando capacitados ya para obtener todos los conocimientos jenerales i prácticos relacionados *directamente* con las exigencias i necesidades de la medicina clínica. De esa manera se piensa hacer un estudio más concentrado, sintético i práctico, supliendo a las innumerables deficiencias de técnica i faltas de conocimientos personales en el empleo de muchos utensilios i aparatos de uso frecuente.

No se ha concebido hasta hoi día un programa que armonice mejor el estudio de los progresos siempre crecientes de la medicina, i la aplicación de esos conocimientos que el Estado i el público reclaman de quien ejerce el arte de curar enfermos. Lejos de agotar, como me consta que por desgracia sucede con alguna frecuencia en nuestros alumnos, todo deseo de continuar instruyéndose, una vez terminada la larga *carrera* de siete años universitarios, se les reservarían enerjías para que pudieran perfeccionarse i llegar a ser verdaderos especialistas en cualquiera de las múltiples ramas en que se ha fragmentado nuestra ciencia.

Formemos prácticos primero a la altura de las necesidades de los tiempos en que vivimos i démosles en seguida toda clase de facilidades para que, con calma i perfectamente convencidos de las ventajas i utilidad que reporta el dominar más a fondo una materia, adquieran, a su turno, el *grado* de especialistas. Para op-

tar a este título se les exigiría, i sólo entonces, una memoria que seguramente, habría de ser de mucha mayor significación e importancia de la que comportan hoi la mayoría de vuestra tesis de Licenciado, sea dicho esto sin el menor espíritu de crítica personal, sino como el resultado del análisis del sistema vijente. De esta manera, señores, realizaríamos en la práctica los sabios consejos que daba ya Plinio el antiguo, e imitaríamos a los agricultores que cavan i dan vuelta muchas veces el terreno para obtener el máximum de rendimiento.

Los hombres de nuestra profesión que tuvieron que prestar sus servicios a los heridos de las formidables batallas de los ejércitos invasores, se encontraron ante adversarios no menos terribles, representados por la *sepsis* de las heridas, el shock i las hemorragias, sin decir nada de la falta de organización debida a la impetuosidad del avance de las huestes de los imperios centrales. No fué una de las más pequeñas decepciones el comprobar que muchos de los más impecables cirujanos asépticos de la clientela civil, eran los que en la práctica militar obtenían los más deplorables resultados. El terreno del Norte de Europa en que yacían, a veces durante largas horas los heridos, antes que recibieran auxilios médicos, estaba profusamente impregnado de jérmenes patójenos de orijen fecal i anaerobios de estraordinaria virulencia. Al período de *contaminación* o de incubación, que rara vez iba más allá de 8 a 10 horas, sucedía el de una infección de tal manera violenta, que al cabo de 18, 16 y aun 12 ho-

ras, había gangrenado ya todo un miembro i amenazaba mui seriamente hasta la vida misma del enfermo.

A las justas críticas del tratamiento aplicado al principio, que estaba, por cierto, mui lejos de corresponder al ideal, sucedió ese admirable espíritu de adaptación i de observación, de experimentación i sano raciocinio que se descubre como base de todo progreso humano. En ese esfuerzo armónico de conjunto, sin otro propósito ni emulación que la de salvar los elementos esenciales de su propia defensa, nos dió la guerra una de las primeras i más interesantes lecciones para realizar un *trabajo eficiente*. Ahí encontraron un vasto campo de aplicación las ideas sustentadas ya por Macewen i Gray para escindir, siempre que fuera posible, todo el trayecto infectado por el proyectil, los métodos antisépticos de curación de R. Morison i el uso de todos aquellos poderosos desinfectantes extraídos de las sustancias colorantes, hasta llegar a la irrigación continua con los hipocloritos empleados según el método de Carrel, Dakin i Duhamel, lo mismo que el de las soluciones hipertónicas de A. Wright.

Así evolucionó rápidamente nuestra ciencia ante las necesidades impuestas por las circunstancias. Así se evitó también que se repitieran las primeras tragedias quirúrgicas que habían sucedido a los primeros combates.

La guerra europea ha sido, en realidad, una especie de inmenso laboratorio en que se sometió a múltiples i variadas pruebas la asociación del trabajo, el trabajo *cooperativo* o TEAM-WORK de los países anglosajones. Ha demostrado su eficacia de una manera plenamente satisfactoria; sale triunfal de esa gran prueba. Tan es así, que al ejemplo que nos había ve-

nido ya de los Estados Unidos, se agrega ahora, según nos lo dice oficialmente Sir Clifford Albutt, el de la Inglaterra, i lo que no es menos digno de recordar, se justifica hasta financieramente. Muchas veces he tratado de inquirir el verdadero motivo de por qué la mayor parte de las familias de los enfermos no se sienten tranquilas entre nosotros, ni satisfechas mientras el paciente no es atendido o ha sido visto en junta. No es sino la esteriorización del hecho de que las ciencias médicas han llegado en los últimos tiempos a un desarrollo tal, que saben ellas que es materialmente imposible que un solo individuo abarque honradamente todos sus conocimientos. Convenzámonos de que es esa una pretensión imposible de realizar; adelantándonos a dar a nuestros clientes la resultante del esfuerzo combinado i tranquilo de un grupo de colegas, que se asocian para ofrecer a sus enfermos el máximo de eficiencia que se les pide hoy en las consultas o juntas, con frecuencia mucho menos provechosas.

En el estudio de la sépsis en jeneral i enseñanzas que comporta, han encontrado los cirujanos del mundo entero la confirmación de un hecho conocido desde antiguo. Es relativamente bien fácil prevenir i aun curar una enfermedad cualquiera que amenaza hasta la constitución misma del paciente, cuando se conocen sus agentes patójenos i se la reconoce en sus primeras etapas. Es, por el contrario, sumamente largo, difícil i hasta imposible de estinguirla, una vez que ha invadido ya el organismo entero.

Cuando las eventualidades de la guerra permitían atender a los heridos en las primeras horas que seguían al traumatismo—en esas horas mui contadas que for-

man el período de CONTAMINACIÓN—el éxito era casi siempre de resultados mui halagadores. Ya sabíamos los cirujanos, que, en la práctica, el éxito en el tratamiento de una herida depende de la primera curación. Nos hemos convencido ahora de que con enfermedades constitucionales, tales como la sífilis, cuando se tiene la buena suerte de iniciar el tratamiento en lo que el conocido i celebrado profesor de Chicago—Allen Pusey—ha llamado la «edad de oro» se cura aquella enfermedad con extraordinaria precisión; igual cosa puede asegurarse con respecto al cáncer cuando podemos intervenir en el período pre-doloroso; hasta de la tuberculosis podríamos decir otro tanto.

Los trabajos clínicos i magníficas experiencias de Crile respecto a la anoci-asociación, la fatiga cerebral, la acidosis i otros delicados problemas que se relacionan con la cirugía, no hicieron durante la guerra sino estimular el ardor infatigable de aquel célebre cirujano que habrá de figurar en la historia de nuestra ciencia al lado de aquel compatriota suyo.—J. B. Murphy—el super-maestro de la cirugía moderna. Crile fué uno de los primeros cirujanos yanquis que se trasladó a Europa con su *team* de colaboradores, mucho antes que su país hubiera pensado en tomar las armas en contra de la dominación militar que amenazaba al mundo. A sus investigaciones se debe casi todo lo que la ciencia sabe hoy respecto a los trastornos o perturbaciones íntimas que tienen lugar durante la fatiga i la anestesia en el protoplasma i núcleos de esas admirables células que tapizan la superficie de nuestra masa cerebral. El ha sido también uno de los que nos haya enseñado mayor número de delicados procedimientos para efectuar la transfusión de la san-

gre, procedimientos i enseñanzas, señores, que le han permitido en ocasiones verificar verdaderas resurrecciones o practicar riesgosas operaciones en enfermos profundamente estenuados. Al mismo hábil cirujano debe nuestra cirujía más de uno de los perfeccionamientos en las suturas arteriales.

Pero desde el punto de vista jeneral en que deseo mantenerme, son sus estudios sobre la fatiga, su influencia en el trabajo eficiente i predisposición que ofrece para la sepsis i todas sus complicaciones, los que encontraron una amplia confirmación durante la guerra i nos dejan una hermosa lección preventiva para la vida civil. De esos mismos estudios relacionados con la sepsis i la infección muscular ha surjido de una manera más clara i evidente que nunca, la concepción de cómo se efectúa ese envenenamiento de la herida. De ellos ha beneficiado poderosamente también la Obstetricia para luchar hoi con mayor éxito en contra de aquella infección que aprenderéis a reconocer en sus múltiples i variadas formas, bajo la denominación de *fiebre puerperal* (1).

Gracias a esos estudios, la Obstetricia ha pasado a ocupar el primer rango—esencialmente importante—entre las ramas de la medicina preventiva.

Comprueba un escrupuloso cirujano escocés i hábil observador, Sir Henry M. W. Gray, que a medida que avanzaba el tiempo, los puestos de mayor im-

(1) «A más de las fatalidades ocurre un número mui crecido de casos que bordean la muerte. Es imposible hacer el cómputo exacto de esos casos, pero creo no estar lejos de la verdad al asegurar que por cada mujer que muere hai cuatro más o menos gravemente enfermas, i fuera de ellas, hai un número mui considerable de enfermas que padecen de fiebres lijeras que se observan lo mismo en las maternidades que en la clientela privada, que casi todas ellas son debidas probablemente a un mayor o menor grado de sepsis» (V. Bonney, 88). Congreso de cirujanos ingleses. Cambridge, 1920.

portancia eran ocupados con extraordinaria frecuencia por hombres jóvenes, i agrega que si la guerra hubiera durado un año más, en los centros de mayor actividad no se habrían encontrado sino jóvenes, o algunos viejos que en su contacto hubieran sabido conservar la actividad propia de la juventud.

En esos centros, al calor del entusiasmo por el trabajo, con una mejor comprensión de las circunstancias, con mucha frecuencia, mui desfavorables en que trabajaban los cirujanos en las líneas de fuego, se estableció entre unos i otros esa simpatía i colaboración entre todos los servicios, que llegó a constituir la satisfacción i el orgullo de los jefes sanitarios del ejército. Todos esos grandes o pequeños centros, bajo la unidad de comando, supieron aunar sus esfuerzos, lo mismo el del simple angarillero que el de la abnegada «nurse», el del radiolojista, el bacteriólogo i el de los empleados administrativos para obtener la mejor atención i más rápida curación de los heridos. El esfuerzo que se realizaba guardó siempre estrecha proporción con los méritos científicos i la fuerza de actividad que desplegaba el jefe de esas *unidades de acción*. No es menos digno de hacer notar, observa el mismo autor, que cuando, a pesar de sus años se había conservado joven alguno de esos cirujanos, tratando justamente de ayudar a los neófitos, ejercía una influencia extraordinariamente útil i provechosa para sí mismo i para todos los demás.

De ahí, señores, se desprende la utilidad de otra de las grandes lecciones que nos ha dejado la guerra, la que ha confirmado con la elocuencia convincente de los hechos acumulados durante el gran conflicto mundial, la exactitud de miras con que los grandes maes-

tros de nuestro arte predicaban con el ejemplo las ventajas que reportaría la creación de las «*unidades clínicas*». Nada hai de misterioso ni celestial en ellas; se proponen únicamente satisfacer armónicamente las exigencias clínicas, sociales i científicas que requiere el Estado del médico moderno, junto con las que requiere el desarrollo de la enseñanza de la clínica.

Tomando por base esos principios se esfuerzan hoi las universidades europeas i americanas del Norte en mejorar los estudios de la medicina, adaptándolas a las nuevas exigencias que le habrán de procurar también mayor eficiencia.

No es menos importante, señores, el que anotemos que en ese esfuerzo jigantesco que tuvo que afrontar i salvar nuestra ciencia durante la guerra, colaboraron con igual abnegación, incontrastable enerjía i talento hombres de diversas nacionalidades, tendencias i razas diferentes. Todos ellos, ampliamente provistos de esa educación jeneral de que os he hablado al comenzar, habían adquirido aquella hermosa herencia tradicional que nos viene desde los tiempos más remotos i, purificada en los laboratorios de la experimentación i la prueba, es la que nos permite con mayor rapidez que cualquier otro profesional, *adaptarnos* a las exigencias de las circunstancias.

Ese papel inmenso i preponderante que le cupo desempeñar a nuestra ciencia durante la guerra, va a ser seguramente mayor aun durante la paz. El mundo necesita hoi más que nunca aunar sus esfuerzos para reparar primero todo lo que se destruyó i per-

dió durante los años que duró el conflicto mundial, i en particular, para reparar toda la suma inmensa de capital humano derrochado en tantas i tan formidables batallas. No olvidemos que sin trabajo ímprobo bien encaminado i, sobre todo, bien dirigido, no se llega jamás sino a la disolución i a la anarquía; que todos somos obreros de esta unidad multicelular que constituye una república i que su salud está en correlación directa con el armónico funcionamiento de todos sus órganos, desde el cerebro que comanda hasta la más humilde de sus células, i que todas ellas necesitan estar bien alojadas i bien nutridas si queremos PREVENIR la mayor de todas las anarquías: la enfermedad.

Pasemos ahora a ocuparnos de la rama de la medicina que más directamente nos concierne.

El trasporte de los heridos i las funestas consecuencias, inmediatas o lejanas, de su imperfección, vinieron a evidenciar un defecto mui jeneral: la falta de preparación elemental para saber aplicar una tablilla o un aparato contentivo suficientemente adecuado a las circunstancias. Sir Robert Jones, el eminente ortopedista en jefe de los ejércitos ingleses, nos dice que en el tratamiento de las fracturas del fémur, muchas de esas deficiencias hicieron subir la mortalidad a la horrible cifra de 80 por ciento; pero que, una vez que los cirujanos aprendieron las nociones más elementales e indispensables para dicho tratamiento, bajó a un 30 por ciento. Qué sinnúmero de vidas útiles se habrían conservado si las universidades hubieran en-

señado prácticamente a sus alumnos las nociones más indispensables de la ortopedia!

He ahí la consecuencia por demás terrible, señores, de la moda que había invadido las clínicas de casi todo el mundo, la de no interesarse sino por las enmarañadas complicaciones que ofrece la patología de las vísceras abdominales i entre nosotros, la dispersión en que se enseña hoy la clínica quirúrgica. Escusado me parece decir que la reacción ha comenzado ya i que, por lo menos en el país a que he aludido, el platillo de la balanza tiende, como siempre, a ir al extremo opuesto. Sepamos nosotros llegar al justo medio que aconsejan la razón, la discreción i el buen sentido común; pero reconozcamos que en realidad, habíamos hecho una falsa vía.

Apenas si tengo necesidad de recordaros los servicios enormes i de una precisión diagnóstica que estoy seguro habréis aprendido ya a justipreciar, que nos prestaban antes de la guerra los rayos X. Creo no exagerar si os declaro que, en mi concepto, sería difícil citar ningún otro medio de investigaciones que haya realizado durante los años de la guerra mayores progresos i de más positiva importancia práctica. Se le ha dado en las universidades europeas, como era de desearlo, todo el desarrollo que ha sabido conquistarse, i las cátedras oficiales para la divulgación de su estudio son numerosas. En Madrid, gracias a la actividad i entusiasmo bien conocido de su Decano, el señor Recasens, se ha instalado hace bien poco la cátedra de Radiología i Radioterapia.

El estudio de las múltiples infecciones producidas por las heridas de guerra, los esfuerzos para estimular i apresurar su cicatrización, las investigaciones

para reconocer los agentes patógenos i descubrir sueros u otros medios profilácticos o curativos, han impulsado i perfeccionado todo lo que se relaciona con el estudio de la sangre en jeneral, a tal punto, que bien pronto habremos de ver anunciada también oficialmente la creación de una cátedra de HEMATOLOGÍA. Personalmente, estoy convencido desde hace mucho tiempo que una clase de Historia de la medicina, a la vez que nos ilustraría muchísimo, haciéndonos ver i respetar la obra de nuestros antepasados, sería una enseñanza de gran utilidad para complementar i cimentar los estudios jenerales a que me he referido anteriormente.

Prácticamente, señores, todo soldado que en los primeros tiempos de la guerra recibió una herida grave del tórax, i en especial si perdía una parte de la pared, era hombre irremisiblemente condenado a la muerte; tal era la consecuencia de la práctica de la cirugía conservadora que se nos había enseñado en los tiempos de paz. Pero el espíritu sagaz i profundamente observador de los aliados i la necesidad de economizar el material humano que la metralla alemana les diezmaba de una manera horrible, justificaba, a su vez, todas las audacias que la clínica tradicional vedaba en los tiempos normales. Los cirujanos franceses dieron, como en tantos otros casos, un hermoso ejemplo de iniciativa que sedujo bien pronto a la mayoría inmensa de los demás cirujanos. P. Duval llegó a formular el principio de que no había razón alguna atendible para no hacer con el pulmón exactamente lo mismo que otras guerras habían enseñado a hacer con el intestino. Más que eso, que se podía prescindir por completo de todo aquel ritual imponen-

te i casi sagrado que nos habían impuesto otras escuelas con los complicados e inmensos aparatos para la presión negativa.

A la concepción del principio siguió el ejemplo de la intervención, i lo que es más halagador aun, el éxito. Llegó éste a tal extremo, que la cirujía de la caja torácica i órganos que encierra, habrá de subsistir como uno de los timbres de mayor gloria i prestigio para los cirujanos de la gran guerra. I cómo no habría de ser así cuando en los últimos tiempos de la guerra no menos de un 70 por ciento de esos heridos quedaban habilitados para volver nuevamente a la línea de combate o a sus faenas de la vida ordinaria?

Habremos de aprender en el curso del año a colocarnos en el justo medio que esas esperiencias i el buen sentido clínico nos aconsejan seguir. Ustedes sabrán ya que un buen número de las lecciones quirúrgicas recibidas en los campos de batalla no pueden ni deben aplicarse en la vida civil, sino con ciertas restricciones que el sano discernimiento os enseñará a hacer valer. Sirva como ejemplo i recuerdo la enseñanza que la guerra de los boers nos dejó con respecto al tratamiento de las heridas del abdomen por armas de fuego.

I ya que he aludido al abdomen, quiero recordaros que muchos cirujanos, con Kocher a la cabeza, consideraban la rodilla, desde el punto de vista de la serosa, como un pequeño abdomen, i tomando por base esa idea, decirós unas cuatro palabras de la pequeña revolución introducida, o en todo caso, ampliada e impuesta a la consideración del mundo quirúrgico por el cirujano belga Wilms, en el tratamiento de las artritis sépticas.

A mi viejo i querido maestro el profesor Barker le ví en Londres, hace ya muchos años, con verdadera estupefacción, por cierto, de mi parte, abrir una rodilla supurada, lavarla cuidadosamente con suero, después de haber tocado con un desinfectante poderoso la mayor parte de las superficies ampliamente espuestas, i luego,—sin desagüe alguno—cerrar toda la herida que había hecho. Era, por lo demás, su práctica corriente, i en eso lo imité bien pronto, en el tratamiento de los abscesos fríos. El temor a las infecciones mistas o asociaciones microbianas le había impuesto esa línea de conducta que poco más tarde nos indujo a aceptar i aplicar en muchas intervenciones sépticas de la cavidad abdominal, después, naturalmente, de haber realizado un trabajo tan *perfecto* como posible. La peristalsis del intestino, i la fuerza mediatriz de los tejidos vivos en el primer caso, pensaba el célebre cirujano del «*University College Hospital*, habían de completar la curación que él ayudaba simplemente con la evacuación de la mayoría inmensa de la materia séptica.

El profesor Barker, habría sin duda alguna, ampliado muchísimo más aquella práctica que iniciara en los tiempos felices de la paz, si, por desgracia, una pneumonía infecciosa no le hubiera arrebatado la vida en la malhadada expedición a la Mesopotamia. Como quiera que esto sea, el mérito ha correspondido durante la guerra a Wilms.

Los movimientos pasivos que este cirujano aconseja sistemáticamente en las artritis sépticas acaban, una vez incindidas, con la reabsorción i eliminación de la materia pecante i mantienen en su juego fisiológico normal a los músculos i tendones que van, a su vez, a

ejercer una acción salvadora sobre los movimientos de la articulación misma. Así se han curado innumerables artritis sépticas con conservación íntegra de casi todos los movimientos de la articulación.

Me detengo, señores, en la enumeración de muchos otros adelantos, cuyos perfeccionamientos podrían dar lugar a nuevos i más interesantes estudios, porque no he olvidado que en los tiempos antiguos «la estremada fragmentación de estos estudios especiales detuvo todo progreso» (Tweedy) i porque es esa fragmentación la que se cierne cada vez más amenazadora sobre la enseñanza de la clínica quirúrgica entre nosotros. Todos esos estudios pueden ser de gran importancia i contribuir al progreso mismo de la ciencia pura; pero el papel que nos incumbe a los clínicos jenerales es penetrar en el santuario de esos «compartimentos cerrados», a fin de demostrar a Uds. la síntesis de ellos i su utilidad a la cabecera del enfermo. Me detengo porque tengo el convencimiento más profundo de que nuestra primera obligación es la de contribuir a **formar el criterio clínico** de médicos prácticos, capaces de aliviar i satisfacer los primeros dolores i exigencias del que sufre.

Inspirados en el ejemplo que ofrecen hoi las «unidades clínicas» de los grandes centros de estudio, empeñados en aprovechar debidamente los escasos recursos materiales i científicos de que disponemos, habremos de seguir recorriendo la senda que nos han trazado nuestros predecesores, desde los padres de la medicina hasta Pasteur i Lister, para llegar, entre nosotros, a Barros Borgoño, el maestro científico i padre espiritual de todos los cirujanos de este país.

En medio de esa tradición de nuestra ciencia apren-

deremos a respetar i reverenciar a Hipócrates, que hace ya cerca de 2,400 años enseñó el método inductivo a las ciencias naturales; nos legó en su tratado sobre *Fracturas i Luxaciones*, «el más grandioso monumento de la antigüedad», i cuyas disertaciones acerca del tratamiento de las heridas sirven aun hoi día de fuente de inspiración a los más hábiles cirujanos de la época contemporánea; que en el arte más difícil—el de la observación—nos ha dejado modelos imperecederos de descripciones, a las que sería un atentado agregar o quitar una idea. Acatemos todas esas hermosas cualidades, su gran carácter i abnegación que han hecho decir de él a un erudito inglés, que fué además, un gran *gentleman*.

No olvidemos que con Galeno adquirimos, en la segunda mitad del segundo siglo de la éra actual, el método espermental i el deductivo que le hicieron aclamar como el pontífice de la medicina, su oráculo, el dios de ella por más de MIL QUINIENTOS AÑOS, a tal extremo que se necesitó de una audacia inmensa i no menor atrevimiento para que a fines del siglo XIII hiciera Henry de Mondeville la simple reflexión de que no era posible, seguramente, pensar que con la creación de Galeno hubiera Dios agotado todo su poder creativo.

Recordemos que Ambrosio Paré, la más prominente figura del Renacimiento, hijo de un ensamblador, jardinero él mismo, simple amanuense i aprendiz de barbero, llegó a ser el cirujano de cuatro de los reyes de Francia, dejándonos el más bello ejemplo de lo que puede la democracia realzada por el talento, i una vida que es en sí, uno de los más hermosos romances de nuestra profesión. La asombrosa habilidad que

había adquirido e inmensos servicios prestados en la guerra, hicieron que Carlos IX diera la orden terminante —especialmente honrosa para todos los cirujanos del mundo— de que no se asesinara en la San Bartolomé a «un hombre que por sí solo valía un mundo de hombres».

El fué quien divulgó el empleo de las ligaduras, i en todo caso, las aplicó en las amputaciones primarias.

Pero hasta entonces, señores, la cirugía era simplemente un arte. Debemos a John Hunter el que la elevara a la categoría de ciencia por sus métodos de investigación, sin hacerle perder por eso el mérito de arte en su aplicación.

Con Pasteur i Lister pasan la medicina i la cirugía al rango de grandes benefactores de la humanidad, pues los principios inmutables que nos han enseñado esos dos grandes hombres —honra i orgullo de la raza humana— han permitido salvar más vidas que las que se han sacrificado en todas las guerras desde que el mundo es mundo.

He ahí, señores, algunas de las figuras más prominentes de donde han surgido en los tiempos modernos los Juan Benjamín Murphy, los Horsley, Terrier, Guyon, Halse, Senn, Kocher, Crile, los Ferrier i Macewen, los Cushing, los Mayo, Moynihan i demás hombres que a los métodos inductivo i deductivo, han sabido asociar el sano raciocinio del clínico intachable i la experimentación, para enseñarnos el método de la «investigación combinada».

Esforcémosnos por seguir el ejemplo que nos han dejado. Todos ellos han envejecido en el servicio de una ciencia en que no se puede adquirir la presencia de ánimo, la prudencia i el tino de la sabiduría, sino

después de muchos años de trabajo constante i bien encaminado al «ideal» que os hayáis formado.

Sepamos utilizar hasta nuestra propia ignorancia para «no jugar con la vida de nuestros enfermos recurriendo a grandes operaciones si no hai fundadas esperanzas de curación» (Avicenna); tengamos siempre presente que en nuestro arte, como en tantos otros —la política, la agricultura, la navegación, o el arte de la guerra— puede el hombre, sólo acercarse al máximo de probabilidades, jamás a la certeza absoluta; que en no pocas ocasiones es infinitamente más honroso saber abstenerse que practicar la más brillante i teatral operación. A pesar de los más refinados i perfectos medios modernos de investigación científica de que disponen nuestros laboratorios, no hemos todavía conseguido que el organismo *vivo* nos dé la precisión que nuestros tubos i retortas ante las reacciones químicas de la materia inanimada.

Cultivemos incesantemente por el estudio i la observación el talento i el carácter individual, dos de las grandes cualidades que más poderosamente han contribuído al progreso de nuestra ciencia i de la humanidad entera.

«No hai ciencia más objetiva que la cirujía! Los discursos no enseñan nada, los libros poca cosa; hai *necesidad de ver!* (Faure). Un cirujano no puede instruirse ni perfeccionarse, adaptarse a ideas i concepciones nuevas sino saliendo de su propio medio, arrancándose de su sala de operaciones para *ir a ver* lo que se hace en otras partes». Galeno mismo, con todo su inmenso talento, no adquirió la reputación de que os he hablado sino a costa de 21 años de estudio i observación en los grandes centros del saber humano de aquellos tiempos: Alejandría, Corinto, Esmirna, etc.

Así aprenderemos, señores, a contemplar la cirugía en el apojeio de su desarrollo, pero veremos, al mismo tiempo, que la medicina puede tal vez de un día a otro invadir el campo en que hoi es soberana, i llegar a curar por los medios que le son propios muchísimas de las enfermedades en que hoi practicamos grandes i arriesgadas operaciones.

Tales son, señores, los fundamentos de algunas de las enseñanzas modernas que me esforzaré en hacerlas aprender a fin de que, con el cerebro bien templado, provisto de sanos principios, i con mano hábil i delicada, lleguéis a haceros realmente útiles en el difícil i delicado arte de la cirugía.

A la cirugía propiamente tal le correspondió desempeñar un papel de capital importancia, pero si en época tal vez no mui lejana se descubre un suero profiláctico o una vacuna curativa de las infecciones gonocócicas i puerperales, desaparecerán del dominio de nuestras intervenciones operatorias, junto con los fibromiomas que tiende a curar la radiología, las tres cuartas partes de las grandes operaciones abdominales, i la cirugía comenzará entonces a recorrer, desde el cenit en que hoi la contemplamos, el camino del descenso para ceder el campo a la medicina PREVENTIVA en su marcha ascendente i siempre triunfal.
